

# Chiapas, tan cerca y tan lejos de Centroamérica: escenarios, conflictos sociales y una dramaturgia posible en femenino

Anabelle Contreras Castro

Universidad Nacional, Costa Rica

Recibido: 02-03-2010 • Aceptado: 01-09-2010

## RESUMEN

San Cristóbal de las Casas es una ciudad colonial, bella y contradictoria, castigada y escindida por la pobreza, el racismo y la violencia y adornada para el *zapatismo*. En este contexto de alta complejidad social y férreas reglas patriarcales se desenvuelven miles de mujeres indígenas. A su vida pertenece la desigual distribución de bienes, alimentos, trabajo, salud, tiempo de descanso, la violencia masculina intra y extrafamiliar y el analfabetismo. Sin embargo, en las décadas de 1980 y 1990 surgió un movimiento feminista. Con el conocimiento de sus derechos, la percepción crítica de su entorno, los espacios para compartir problemas entre ellas, a pesar de los obstáculos, se han dado cambios sociales que han modificado la autopercepción. En 1992 le fue otorgado a la dramaturga Petrona De la Cruz, de la etnia tzotzil, el Premio de Literatura Rosario Castellano que tuvo la particularidad de haber sido entregado por primera y única vez hasta hoy, a una mujer indígena. Ella, junto a un grupo de mujeres indígenas, viven del teatro y sus desafíos. Este artículo da cuenta de cuál es su dramaturgia posible.

**Palabras claves:** Chiapas, mujeres indígenas, mujeres tzotziles, teatralidades, feminismo, Teología Feminista de la Liberación

**ABSTRACT**

San Cristobal de las Casas is a beautiful colonial city with deep social contrasts. It is portrayed by the so called *zapaturismo*, as a new touristic destiny. It is a place where women live in contexts of poverty, violence, social complexities and unyielding patriarchal rules. In 1980's and 1990's a feminist movement flourished in the Dioceses of San Cristobal. On November 28<sup>th</sup>, 1992 the Rosario Castellanos Literature Prize was awarded for the first time to the tzotzil performer Petrona De la Cruz. Petrona and her group perform approaches on the cultural profiles of the ethnic group they belong to revisiting on stage their customs in a feminist key. This article aims to convey about their challenges and goals.

**Key words:** Chiapas, indigenous women, Tzotzil women, theatre, feminism, Feminist Liberation Theology

**S**an Cristóbal de las Casas. Su nombre habla por sí solo. Es uno de esos lugares donde la pobreza va vestida de indígena policroma. De esos lugares fríos en donde si no alcanza el dinero familiar, quienes van sin zapatos sobre las heladas baldosas son las mujeres; donde los blancos de piel, o de corazón, siguen dueños de los recursos sin que quinientos años, y magnas rebeliones, basten para cambiarlo; de esos lugares que, a pesar de todo, tienen una enorme belleza por sus iglesias barrocas de angelitos indios, sus coloridos textiles, sus buenas comidas, sus tejas y patios coloniales.

Desde que se corrió la voz, hace ya rato, la industria turística se puso a trabajar y las autoridades locales reorganizaron la ciudad y prepararon los escenarios que el turismo requiere. Para los visitantes, quienes llegan de todo el mundo, se dispusieron casonas coloniales convertidas en hoteles y albergues y dos grandes zonas peatonales en las que hay cafés, souvenirs con los clichés que identifican a México (carteras con Frida, *calacas* pistoleras, charros en miniatura), puestos de tacos, casas de pan integral y otras sabrosuras vegetarianas, bares donde se baila salsa y reguetón y un ambiente festivo que alegra a cualquier caminante hasta la madrugada.

Pero por esas calles en fiesta, caminan también señoras vendiendo bellos tejidos a precios ridículos para trabajos manuales de tanta complejidad, y muchos niños, demasiados niños; de cortas edades que trabajan hasta altas horas vendiendo collares, rebozos y variedad de muñecos vestidos a la usanza de la zona maya que incluye encapuchados al estilo del Subcomandante Marcos y camisetas con sus fotos o sus textos. La imagen del Subcomandante le hace competencia a la del Ché Guevara, cualquier cosa adornada con su pasamontañas o sus palabras se vende bien.

Para muchos de los turistas que llegan a San Cristóbal existe un término técnico: *zapatouristas*, pues la ciudad debe su fama más curada al último levantamiento zapatista, y quien visita la zona incluye, dentro de su lista de sitios infaltables, alguna comunidad zapatista o cualquier lugar cercano a un grupo de encapuchados. Ya esto ha sido previsto y resuelto por los *tour-operadores*: ya se puede comprar una visita a una zona zapatista para, aunque sea desde afuera de la comunidad, lograr una foto de sus murales en los que hasta la mismísima Virgen de Guadalupe lleva pasamontañas.

## TEATRALIDADES PARALELAS

El pueblo de Chamula está solamente a diez kilómetros. El camino que lleva a la iglesia muestra una mezcla de dinámicas y temporalidades que también exhibe San Cristóbal: una exquisita variedad de trajes y tejidos indígenas a la venta, entre los cuales vemos apropiaciones tales como chalecos con el *Hombre Araña* o *Winnie the Pooh*, abrigos y tapetes con imágenes de los Andes y camisas yucatecas, que alternan con copias pirata de lo peor de Hollywood y lo mejor de la música popular, pregoneros de plantas medicinales cuyas bondades se cuentan en tzotzil, una gran variedad de granos, frutas, chiles y muchas señoras que hilan, como se hace desde tiempos inmemoriales, pero al ritmo de una canción de Shakira.

Se podría pensar que todo esto acaba al entrar a la iglesia, cuyo modelo trascendental quiso ser celeste e incorruptible. Sin embargo, el cobro de veinte pesos en la puerta advierte sobre los cruces que alberga. Una vez adentro, la heterogeneidad del espacio se agudiza y el tiempo sagrado de los tzotziles y el profano de los visitantes se rozan y quizá se lastimen. Sobre el suelo del templo, alfombrado de agujas de pino, yacen alrededor de muchas velas, hombres y mujeres que reproducen la obra de los dioses: rezan y pasan por la llama ramos de hojas y cabezas de moribundos gallos y gallinas que serán sacrificados para limpieza de las almas.

De pie, detrás de cada rezador, varios turistas miran detenidamente el ritual y lamentan la prohibición del clic, derivada de la creencia entre los tzotziles de que una foto es capaz de robar el alma de las gentes o ahuyentar a los santos.

Las manos de algunas madres se abren entre el denso humo de los incienso y cierran el puño para luego abrirse sobre las cabezas de sus hijos y purificarlos. Los vasos con pox (bebida alcohólica tradicional) y las botellas plásticas de Coca Cola y otras gaseosas conviven con los incensarios de barro. Es difícil saber si los ojos extranjeros, clavados en las caras de los fieles, interrumpen con sus mudas preguntas los ruegos y plegarias.

Al frente del atrio, una barrera de hombres con trajes locales canta y baila mientras las mujeres lo hacen atrás. Los instrumentos artesanales de cuerda compiten con la banda de vientos y percusión que toca al fondo música de fiesta. Los hombros y cabezas de los turistas parecen flotar sobre las olas de un mar de flores, sostenidas en lo alto y mecidas por los creyentes en dirección a la cruz. Entre muchos santos coloniales, la gran mayoría hombres de caras palidísimas, sólo la Virgen de Guadalupe tiene la piel morena de los tzotziles.

Los turistas deambulan danzando en su tiempo profano. Caos y cosmos se entrelazan en la iglesia de Chamula, simbolismo cósmico y global se encuentran sin aparentar reñirse. Relegado a una esquina, un cura realiza bautizos en masa y habla español con palabras en tzotzil. Mientras tanto, los padres hacen fila esperando turno y los niños vestidos de blanco lloran como si tuvieran plena conciencia de lo que, históricamente, significa la mentira del pecado original y la oscura culpa que la religión católica intentará inculcar a cada nuevo miembro por el resto de su vida.

Si todo santuario tiene por cometido reflejar el mundo, esta iglesia, que alberga gentes de costumbres en gran parte milenarias y turistas de costumbres modernas o post, lo logra de sobra; el mundo maya, cuya resistencia de siglos se muestra tan viva en estos espacios, convive con una avalancha de consumidores de culturas exóticas que sólo promete ir en aumento.

Pero este espacio es, a pesar de todo, un lugar en donde los habitantes de Chamula y alrededores, que aún necesiten los actos performativos de sus cada vez más sincrética cultura, pueden respirar.

## CHIAPAS EN PLURAL

Tanto geográfica como culturalmente, Chiapas está muy cerca de Centroamérica y muy lejos de ese México lindo y querido que flota en el imaginario internacional y que hace a miles de turistas por año peregrinar hacia sus ruinas, sus damas de alegres sombreros y sonrisas tan generosas como sólo le es dado a las calacas, hacia los contrastes cromáticos de sus casas pintadas a lo Frida Kahlo y sus indígenas tan decoradores en las tarjetas postales.

Ese México, adornado con charros, musicalizado por mariachis y conservado en tequila, no está definitivamente ahí, en el estado más pobre del país, sin embargo tan rico en recursos naturales. De los cuatro millones de habitantes más de la mitad vive en pobreza y gran cantidad de comunidades en pobreza extrema.

Su gente, tan plural como plural es su nombre, pertenece a una sociedad atravesada por diversos conflictos y formada por ladinos y varias etnias que hablan cada una su propia lengua.

En Chiapas se aprende a hablar de tú en la escuela, en donde se explica que hablar de vos, aunque en la familia, el barrio o el ejido se insista, es hablar mal español, pero el vos se escapa voluntaria o involuntariamente. Esta sentencia pesa en un lugar en donde el español tiene colores locales y la lengua oficial no es, para miles de mayas, ni la lengua materna ni la que resuelve la vida cotidiana, pero sí un instrumento con el que se juzga su nivel educativo, cultural y en fin, su grado de acercamiento a *las buenas costumbres*.

Chiapas es culturalmente centroamericano, antes que mexicano y pésele a quien le pese, aunque en Centroamérica no se vea así, y México insista en que aquello es México y punto.

El pasado de esclavitud y la violencia contenida desde siglos han hecho de Chiapas un lugar en donde la guerra y la guerrilla van y vienen con los siglos. En 1712 hubo una rebelión indígena, que no fue la primera, después de la aparición de la virgen a María Candelaria, una niña de 13 años, durante la cual reveló que había venido a liberar a los indígenas de los españoles. De este hecho resultó una rebelión, el asesinato de un par de curas y la organización del *Ejército de la Virgen* y de un mercado alternativo que fueron rápidamente aplastados por el ejército español. La misma virgen que ha servido de excusa para diversas acciones de conquista y exterminio de las culturas indígenas estuvo, sólo por un momento, al mando de una lucha por la dignidad de los mayas de Chiapas.

Más tarde, las reformas que trajo la revolución mexicana de 1910, no fueron aceptadas por la élite. Esa vez fueron los finqueros chiapanecos quienes declararon la guerra al gobierno posrevolucionario y ésta se extendió en un periodo de diez años.

Apenas unas décadas más tarde, y en otro orden de cosas, bajo la influencia de la Teología de la Liberación al interior de la iglesia católica, algunos de sus miembros trabajaron concientizando a las comunidades indígenas sobre los problemas sociales. Así, se gestó en los años setentas el Movimiento Zapatista que, armado, habría de tomar por sorpresa (como si la inconformidad de los pobres pudiese ser sorpresa) al gobierno en 1994, en el momento preciso de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA).

En ese entonces, porque llegó a convenir, Chiapas pudo ser visto por México de otra forma. Como lo señala Roger Bartra, a raíz del conflicto zapatista “...

*se llega a afirmar que los problemas de Chiapas son una extensión y penetración de la conflictiva centroamericana en un México moderno y norteamericano.*” (Semo, 2006: 68). Para efectos hegemónicos Chiapas es de México pero, si algo falla, se puede pensar en rasgos centroamericanos.

A partir de este último pico alto de lucha por la dignidad, un par de miles de mayas viven en comunidades autónomas llamadas *Caracoles Zapatistas*. Un caracol, nos dice un zapatista, es un animal que “*camina lento pero seguro y su boca parece una bocina para proyectar la voz*”, es además importante símbolo desde tiempos prehispánicos, y apela a la “*acción de convocar, al movimiento en espiral que se extiende, a fuego en el centro y danza alrededor, a movimientos meditativos en círculos*”. En los *caracoles* rigen las disposiciones de la *Junta de Buen Gobierno* y no las estatales. Para quienes son del lugar y para quienes estamos de paso, hay letreros de calle que advierten: “Aquí el pueblo manda y el gobierno obedece”.

Los *caracoles* tienen su clínica y su escuela, proyectos de agro-ecología para la siembra orgánica de maíz y otras semillas no transgénicas, aprendizaje sobre medios de comunicación, cooperativas de mujeres, de artesanía, de café, iniciativas contra la disminución de las lenguas indígenas y se apoyan en leyes de equidad de género reflejadas en los documentos zapatistas. “Después de cinco siglos de humillación, explotación, represión y desprecio”, nos dice un miembro de la Junta de Buen Gobierno, “aquí la justicia ya no se pide de favor”. Las personas de la Junta, la mitad de ellas mujeres, hablan un español a medias, como segunda lengua, y cada vez que explican alguno de los principios que sostienen a sus comunidades, o cuando dan su interpretación del entorno, cierran con una misma frase: “*esta es mi palabra*”.

Además de estas comunidades, existe una red nacional de organizaciones sociales: de izquierda, indígenas, ONGs; grupos y colectivos culturales y de artistas, de mujeres y de civiles que participan a título individual o comunal del movimiento llamado *La Otra Campaña*, un resultado de la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*. Estas organizaciones, llamadas *adherentes*, no contemplan la opción electoral como vía para la reestructuración de las relaciones sociales, posición contraria a la del movimiento de apoyo al excandidato presidencial López Obrador, presente también en Chiapas. Antes bien, *La Otra Campaña* busca conformar un programa nacional de lucha y crear una nueva constitución política que *refleje las demandas del pueblo mexicano*.

Por su parte, el gobierno local hostiga a las comunidades zapatistas para sacarlas de sus tierras al calor de proyectos neoliberales de ecoturismo, ya que algunas se asientan cerca de valiosos recursos naturales. A la vez, el proyecto de

intervención estadounidense iniciado con el nombre de *Plan Puebla-Panamá*, que pretende, entre otras cosas la militarización de la zona, requiere de la construcción de carreteras que, al pasar por varias comunidades de Chiapas, implicará su desplazamiento. Por todo lo anterior, y por más, el gobierno practica la llamada guerra de baja intensidad, que incluye creativas acciones de asfixia.

Pero eso no es todo, porque la complejidad social de Chiapas no tiene límite. Para hacer más aporte a este mosaico de grupos en conflicto, y como si los zapatistas no tuviesen ya suficientes hechos sangrientos en su historia, como el que conmemoran cada año de la mano de la *Virgen de la Masacre*, una matanza a 45 personas que en 1997 perpetró el ejército nacional, existe un grupo paramilitar evangélico con el impresionante nombre de *Ejército de Dios*, que los ataca *si Dios quiere* y con Biblia en mano.

Este grupo es, además, por lo menos sospechoso de traficar con emigrantes centroamericanos y comerciar madera obtenida de forma ilegal. Ante este panorama hay ya algunas comunidades declaradas ex - zapatistas, cuyas tierras fueron tomadas durante la lucha, que se han decidido a recibir ayuda del gobierno, acción absolutamente contraria a las reglas zapatistas. Paralelo a los *Caracoles*, que insisten, mientras la situación lo permita, como comunidad en lucha no armada, está además el *EPR* --Ejército Revolucionario del Pueblo-- que tomó la iniciativa insurgente con las armas como vía y miembros de las familias tradicionalmente poderosas de Chiapas localizan y contactan la inconformidad, para proveer de armas a quienes la encarnen.

## LA SITUACIÓN DE LAS MUJERES INDÍGENAS

En este contexto de pobreza, violencia, complejidad social y férreas reglas patriarcales se desenvuelven miles de mujeres indígenas. Las vidas de muchas de ellas transcurren en el ámbito del hogar, en el que trabajan en condiciones duras y con jornadas largas pero sin remuneración por lo que producen y sin reconocimiento, ni propio, ni social.

Son mujeres que entran a la vida adulta por matrimonios prematuros antes de los 14, sin planificación familiar y con un promedio de 5.2 hijos (a pesar de la mortalidad infantil), en viviendas sin electricidad, ni agua y en condiciones de hacinamiento. Indicadores cuantitativos de opresión nos dicen que el 92% trabaja en actividades agrícolas, el 8% elabora artesanías y que solamente el 28% reconoce que colabora con la economía familiar. A su vida pertenece la desigual distribución doméstica de bienes, alimentos, trabajo, salud, tiempo de descanso, la violencia masculina intra y extrafamiliar y, obviamente, el analfabetismo.

Sin embargo, en Chiapas surgió un movimiento feminista en los años 1980 y 1990, al interior de la diócesis de San Cristóbal, apoyado por el obispo Samuel Ruiz, teólogo de la liberación, que ha generado cambios positivos y conflictos, en apariencia religiosos, entre caciques e indígenas católicos tradicionalistas y católicos liberacionistas, cuando en realidad encubre un conflicto de orden económico.

Muchas mujeres, al interior de la iglesia católica, llegaron así a la Teología Feminista de la Liberación, gracias a que la iglesia ha sido para ellas un lugar permitido de reuniones, encuentros y actividades toleradas por los hombres.

A pesar del disgusto de los sacerdotes, ellas pudieron analizar de manera crítica, con una catequesis basada en teología de la liberación, los sistemas de creencias, reglas, valores y prácticas que han legitimado la subordinación femenina, empezando por la religión y comparando la situación de invisibilidad de la mujeres en la Biblia con la situación de las mujeres de hoy y con figuras contemporáneas como la *Comandante Ramona*.

A partir del conocimiento de sus derechos, la percepción crítica de la desigualdad, los espacios para compartir problemas entre ellas y del apoyo de ONGs feministas, y a pesar de los obstáculos comunes como el machismo, la falta de control sobre la fecundidad, los bajos recursos y la oposición de hombres y mujeres a compartir espacios tradicionalmente dados a hombres, se han dado cambios sociales que han modificado la autopercepción.

Algunos de ellos han sido considerar la soltería como algo deseable, participar en la administración del dinero familiar, la búsqueda de vías de desarrollo frente a paradigmas dominantes y la importancia que ellas le dan a la religión.

Este cambio de conciencia se refleja, por ejemplo, en textos como el Decálogo de la *Ley Revolucionaria de las Mujeres del EZLN*, donde se establece, entre otros:

1-Las mujeres, con independencia de su raza, credo, color o afiliación política, tienen el derecho a participar en la lucha revolucionaria en cualquier modo que su voluntad y capacidad determinen. 2-Las mujeres tienen el derecho al trabajo y a un salario digno. 3-Las mujeres tienen el derecho a decidir el número de niñ@s que conciben y cuidan. 4-Las mujeres tienen el derecho a participar en los asuntos de la comunidad y tendrán cargos si así son libre y democráticamente elegidas. 5-Las mujeres y sus niñ@s tienen el derecho a la atención primaria y a la nutrición. 6-Las mujeres tienen el derecho a la educación. 7-Las mujeres tienen el derecho a elegir compañero y no están obligadas a casarse. 8-Las mujeres tienen derecho



a ser protegidas de la violencia de parte de familiares o de extraños. La violación consumada o en tentativa será severamente castigada. 9-Las mujeres podrán ocupar puestos de responsabilidad en la organización y tener rango militar en las fuerzas armadas revolucionarias. 10-Las mujeres tendrán todos los derechos y obligaciones que las leyes y normativas revolucionarias, que se imponen a todos por igual. ([http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993\\_12\\_g.htm](http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993_12_g.htm)).

## PETRONA, ISABEL Y SU DRAMATURGIA POSIBLE

El 28 noviembre 1992, en San Cristóbal de las Casas, le fue otorgado a la dramaturga Petrona De la Cruz, de la etnia tzotzil, el Premio de Literatura Rosario Castellanos.

Con ello, este premio tuvo la particularidad de haber sido entregado por primera vez, y única hasta el día de hoy, a una mujer indígena. El premio tiene su peso simbólico, además, por llevar el nombre de una poeta y novelista mexicana (1925-1974) que, como parte de una familia de terratenientes, pasó su infancia y adolescencia en Chiapas, posición que contrariamente a lo que suele suceder, la llevó a ser consciente de las enormes inequidades sociales que mantienen a la población indígena pobre y subyugada. Además, porque Castellanos fue una intelectual y, como mujer, no tuvo un camino fácil al interior de una sociedad de tradiciones patriarcales.

Pero ¿cuál ha sido esa dramaturgia posible en esta sociedad tan plural, descrita anteriormente? Con sólo echar un vistazo a algunos títulos de las obras de teatro, *La tragedia de Juanita*, *El desprecio paternal*. *Un drama Tzotzil* o *La madre olvidada*, adivinamos que detrás de todas hay una historia de dolor. Con estas obras Petrona y su colectivo de teatro hacen una relectura de los rasgos culturales de las etnias desde las que vienen, una revisión escenificada de costumbres, tales como el desprecio ante el nacimiento de las niñas, el maltrato familiar, las charlas de los hombres en la cantina, las relaciones de género, la sexualidad femenina, el cuerpo de la mujer y la imposibilidad de nombrarlo que, sin embargo, ellas convierten en algo posible.

Su escritura y dramaturgia guardan el formato tradicional, son obras en tres actos con el planteamiento de una situación, un desarrollo y un desenlace. Nada de esta estructura insinúa otras tradiciones no occidentales de concebir el relato, de narrarlo y escenificarlo. Sin embargo, es una escritura fundamentalmente valiente. A pesar de la censura al interior de las comunidades indígenas, contra cualquier mujer que tenga una participación similar en la vida pública, de los prejuicios racistas existentes en la sociedad en general con respecto a las población

indígena y en contra de todo romanticismo que quiera ver en ellas sociedades con valores a imitar, su escritura es delatora y propositiva.

Las obras escritas, tanto como la confección y uso de máscaras, son una vía para discutir problemas cotidianos de las comunidades indígenas y de las mujeres y familias que han emigrado a la ciudad, como el analfabetismo, el desconocimiento del español, la desocupación, el alcoholismo y la violencia. Y también son una forma de inventar soluciones o, por lo menos, de permitirse imaginarlas.

Petrona no ha estado sola, Isabel Juárez, de la etnia tzeltal, ha sido su compañera de viaje. Isabel y Petrona habían conocido el teatro años antes, en los ochentas, al interior de un colectivo en el que actuaron durante años y que dejaron porque no daba espacio a las voces femeninas y a los temas que ellas pensaban que eran necesarios. Ellas querían hablar de los problemas que más daño causan a las comunidades indígenas, tales como el alcoholismo, la violación de las mujeres, las enormes inequidades de género y la violencia intrafamiliar. Al ver ese espacio negado, tomaron la palabra en sus manos, fundaron otro colectivo de sólo mujeres y se dedicaron a escribir y a llevar sus ideas a escena, con el teatro popular como instrumento. Y al escoger el teatro como forma de lucha contra las diversas injusticias que se viven en la región, según cuentan, alguna gente las llamó locas, o prostitutas, pero el teatro les salvó la vida, pues es en él le hallaron a la vida un sentido.

Desde entonces, la identidad étnica y de género (la construcción de sentido comunal, la conciencia de pertenencia, el análisis de los sistemas normativos e institucionales propios, la definición frente al otro) han sido escenificadas de variadas maneras.

Muchas de las escenas que han presentado son autobiográficas. Petrona e Isabel han ofrecido sus propias heridas y las han puesto al servicio del teatro, heridas que se curan en escena, aunque, tal vez, no sanen nunca y que viajan expuestas dentro de las obras presentadas en cualquiera de los tres idiomas, español, tzotzil y tzeltal, según la comunidad a la que sean llevadas.

Sus puestas en escena no tienen gran complejidad estética, pero tienen una singularidad: las mujeres hacen papeles de hombre, para lo cual utilizan, por todo recurso, máscaras confeccionadas por ellas y un cambio de ropa. Con este acto, que para nada es extraordinario en el mundo del teatro, ellas no invirtieron sino que cambiaron la historia de las representaciones de género en el teatro local. Si una vez comenzaron a hacer teatro, fue porque un colectivo de sólo hombres las llamó para que asumieran los papeles femeninos pues ninguno se atrevía a

vestirse de mujer. Cuando les tocó a ellas encarar papeles de hombres, escogieron el travestismo por encima de la limitación, del temor a la censura y a la autocensura.

En 1994, el año del levantamiento zapatista, Petrona e Isabel fundaron el Centro Fortaleza de la Mujer Maya (FOMMA), un centro para hacer teatro en donde también se imparten diversos talleres (autoestima, derechos reproductivos, capacitaciones variadas como costura, panadería, tejido, salud, niñez), se alfabetiza y se da servicio de guardería. Por todo ello, el centro FOMMA ganó en 1999 el premio nacional del Instituto Mexicano de Investigación en Familia y Población.

Petrona e Isabel han continuado escribiendo y publicando y entrevistas con ellas; ya han aparecido en importantes publicaciones. Cuentan que cuando la gente de las comunidades indígenas ve sus dramatizaciones suele haber tres reacciones comunes: el silencio, la burla y el repudio, o las lágrimas y el agradecimiento. Nadie permanece neutral porque ellas no han distinguido el teatro de la vida, por el contrario, han llevado la vida cotidiana al teatro, no tienen otro interés pues, como ellas mismas dicen *“cuando la gente ve sus problemas en escena toma conciencia y se atreve a pensar en soluciones”*. Por ello, esta es la dramaturgia posible para Petrona, Isabel y su colectivo, un grupo de teatro, para unos de locas, para otras de envidiables mujeres que se atreven a hacerse dueñas de sus cuerpos y sus culturas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ley Revolucionaria de Mujeres Zapatistas (1994). Disponible en ([http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993\\_12\\_g.htm](http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993_12_g.htm)).

Semo, Ilán (2006); *La memoria dividida. La nación, íconos, metáforas, rituales*. Coedición del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes CONACULTA, México.